

1. La cultura es la expresión del conocimiento y de la acción de un grupo organizado socialmente. Puede considerarse como un sistema compuesto por ideologías, lenguajes y artefactos que representan una sociedad determinada y la influencia mutua ejercida entre el cuerpo social y los individuos que en él participan.

En este concepto general de la cultura se incluye por supuesto la expresión arquitectónica como uno de los múltiples lenguajes que el ser humano ha desarrollado para comunicarse con el medio físico y social en el cual ha de habitar. La arquitectura como lenguaje cultural es universal en el contexto humano, pero reviste formas diferentes y características particulares según los factores que hayan contribuido a su desarrollo en cada grupo social y en cada medio geográfico; el lenguaje arquitectónico representa una organización inteligente del espacio habitado por los seres humanos, para la cual existen incentivos y criterios definidos y formas especiales.

La cultura es inherente a la organización social del ser humano, pero también se considera como expresión muy especial de la inteligencia y como la representación de todo aquello que sobrepasa lo común y corriente. En este sentido, cultura es algo menos general e implica un criterio relativo de valoración de la base cultural general que tiene toda sociedad. Cultura, según esto, viene a ser la acumulación de las ideas, lenguajes y artefactos, logrados por individuos o grupos particularmente dotados y considerados como superiores al ser comparados con otras ideas, lenguajes o artefactos producidos anterior o simultáneamente, de acuerdo con criterios propios de cada institución social. La cultura así enfocada puede tener trascendencia local, regional o universal, de acuerdo a los sistemas de comunicación internos o entre varias culturas o formas de la cultura, que puedan ser utilizados.

La cultura es función del conocimiento y de la comunicación. Se aprende, por el hecho de nacer y crecer física e inteligentemente dentro de un grupo social, con el conocimiento progresivo de sus lenguajes, ideologías y técnica. Al convivir simultáneamente varias for-

---

NOTA: El autor es actualmente profesor del Departamento de Planificación Urbana de la Facultad de Artes, Universidad Nacional.

mas de la cultura dentro de una determinada organización social, como segmentos de un sistema mayor, la comunicación entre ellas y el grado de autoridad o de poder que a cada una corresponde, definen situaciones de aprendizaje y conocimiento heterogéneos y ordenan el sistema en jerarquías con predominancia, imposición, dependencia o desaparición de uno o varios segmentos, a la vez que permiten intercambio y mutua modificación entre ellos. En un sistema así compuesto, la posición de las personas es relativa a sus actitudes culturales respecto a tendencias más o menos predominantes. Este enfoque puede ser aplicado en el caso de la cultura colombiana.

2. El proceso cultural en Colombia, desde sus orígenes más recientes, o sea desde la llegada de los conquistadores europeos, ha sido un proceso de superposición de fragmentos culturales de diversos orígenes sobre una base indígena considerada como autóctona o al menos como parte de una cultura americana prehispánica. La cultura en Colombia puede ser analizada como un sistema compuesto por un número cada vez mayor de partes diferenciadas, con mayor complejidad en sus relaciones, las cuales conviven en un grado mínimo de integración, entendida ésta como la transformación de características diferentes en características comunes a la mayoría de la población. El lenguaje arquitectónico desarrollado a lo largo de este proceso es consecuente con él. Superpone sobre una base arquitectónica popular con una remota raigambre indígena, fragmentos de técnicas y estilos diferentes de acuerdo a las circunstancias en las cuales se han desarrollado las obras y el carácter que a éstas les ha sido dado. La arquitectura en Colombia abarca mucho más de aquello que aparece en revistas de arquitectura o de lo que se lleva a las Bienales Nacionales y es necesario observarla desde muchos aspectos para tener una imagen aproximada de su alcance y de sus particularidades, propias de la situación cultural.

La división de poder que trajo la llegada de los conquistadores europeos divide la arquitectura desde entonces en dos grandes grupos de análisis: la arquitectura indígena transformada y la arquitectura europea adaptada a las condiciones locales. De lo indígena se tomaron algunas técnicas y materiales; de lo europeo conceptos de organización urbana, de organización de los edificios y de sistemas constructivos. La mayor calidad de unas obras respecto a otras representa inicialmente la primacía de personas o instituciones, mediante el uso de

mejores materiales, localización especial en las poblaciones o en el campo y por una mayor elaboración de la apariencia, todo dentro de una notoria sencillez.

La arquitectura colonial urbana y rural son evidentemente diferentes pero representan de igual manera en su apariencia física la situación de poder o de dominio. En lo rural ha debido existir mayor influencia indígena, pero de acuerdo al grado de asimilación ésta pudo disminuir progresivamente excepto en los casos, aún existentes, de aislamiento de tribus de todo el proceso colonizador español. La arquitectura urbana, mucho más europea en su disposición y reglamentación incorporó la mano de obra local y, por supuesto, mucho detalle de improvisación indígena, sin llegar a producir un concepto radicalmente diferente del patrón que reproducía.

La independencia diversificó el influjo cultural y lo amplió. El cambio producido al sustituirse un poder dominante extranjero por un poder dominante local considerado como ilustrado y con mayores posibilidades de escogencia de patrones y símbolos, trajo consigo un cambio en estilos e ideas. La prolongada sujeción a los modelos españoles, con sus rígidas concepciones de la vida y de la sociedad, desarrolló un complejo de atraso que, al ser verificado frente a la situación en Europa y los Estados Unidos durante la primera parte del siglo XIX, debió parecer francamente desolador. Con tantos nuevos patrones de escogencia, se produjo por una parte un eclecticismo cultural liberalizante que, junto con un conservatismo cerrado conformó la esfera educada de la cultura y de la arquitectura, mientras que la base popular continuó sin sufrir mayores modificaciones.

Las ideas de la primera época de la revolución industrial tuvieron poca o ninguna influencia en la arquitectura colombiana, a la cual llegaron solamente manierismos estilísticos desarrollados muy modestamente. La simulación se hizo desde entonces característica de la cultura colombiana y por tanto de su arquitectura. Los avanzados o vanguardistas simulan lo avanzado, los tradicionalistas simulan lo tradicional y lo popular simula aquello que los grupos de notables hacen, tratando así de simular también una igualdad social y cultural que no existe.

3. Durante el período colonial, el arquitecto y el ingeniero aparecen accidentalmente y sólo en casos de obras de particular impor-

tancia, civil, religiosa o militar. Es el maestro de obra, maestro albañil, o maestro constructor quien ejecuta la mayor parte de los edificios. El maestro reunió no sólo la sabiduría constructiva y cierta capacidad de organización de los espacios sino también cierta altura estética que garantizara la satisfacción de quienes requerían sus servicios. Sus albañiles han debido, muy seguramente, hacer a su vez el papel de arquitectos en los grupos populares. La arquitectura colonial colombiana no es, bajo ningún punto de vista, intelectual en su concepción aunque ahora se deriven de ella conceptos muy valiosos. Son demasiado reducidos los ejemplos de gran envergadura arquitectónica que puedan llevarse al plano de lo extraordinario, comparándolos con las tendencias europeas de la época.

El siglo XIX incorpora más definitivamente los arquitectos e ingenieros a la actividad edificadora del país. Las escuelas de ingeniería civil y militar iniciaron la formación de profesionales ingenieros, muchas veces con funciones de arquitectos. Los arquitectos en muchos casos extranjeros fueron asignados para casos sumamente especiales, interpretando los deseos estilísticos del Gobierno, la Iglesia, las familias acaudaladas o los militares. En el siglo XX se inicia, por así decirlo, la era del arquitecto en Colombia pues al menos se reconoce oficialmente su existencia y se fundan las escuelas de arquitectura, con orientación diferente a las escuelas de ingenieros y dentro de patrones adaptados a ideas sobre enseñanza de la arquitectura en Estados Unidos y Francia. El arquitecto aparece como organizador "racional" del espacio y, a la vez, creador de obras bellas en su forma y acabado; contemporáneas y refinadas. Su posición inicial fue más artística que técnica, ya que ésta quedó en poder del ingeniero. Sin embargo, todavía se discute si ha debido ser artista, técnico o científico, dado que nunca asumió francamente ninguna de las tres actitudes.

La incorporación del arquitecto, diferente del ingeniero y del maestro de obra, crea un último plano de acción arquitectónica. Pero el panorama cultural diversificado mientras tanto por la escasa industrialización, la creciente urbanización y la estratificación social cada vez más compleja, origina demandas arquitectónicas diferentes para diferentes formas culturales entremezcladas y no definidas. El arquitecto nace en las clases más altas y sirve básicamente a ellas, según se le solicita. Su origen está en el mayor conocimiento de lo que pasa

en el mundo, propio de quienes están mejor informados mediante viajes, libros, y todos los medios de comunicación a su alcance. El maestro de obra, relegado al papel de ejecutante de proyectos de arquitectos e ingenieros, aprende de ellos, transmite a sus sectores ese conocimiento y continúa siendo para gran parte de la población colombiana arquitecto, ingeniero y decorador. El ingeniero se aleja cada vez más de la concepción de edificios y se dedica preferencialmente a conceptos de estructuras, cálculos y otras actividades diferentes de aquellas que se ha dado por considerar como propias de los arquitectos.

4. El arquitecto aparece oficialmente en un momento en que la acción gubernamental iniciaba la formación de organismos destinados a solucionar los problemas masivos de vivienda, educación, salud, etc.; al mismo tiempo, la presencia del arquitecto originó la industria privada de la arquitectura, su forma comercial. La primera modalidad ha dado origen a un patrón burocrático de acción oficial mientras la segunda creó la compañía o sociedad con intereses financieros de por medio. Tanto una como otra se han desarrollado paralelamente si bien la acción oficial ha tendido, por su origen burocrático a ser más lenta en sus avances, menos estimulada y mucho menos valorada que la industria privada de la arquitectura.

El arquitecto en Colombia tiende, dados sus orígenes culturales a buscar inspiración en la simulación de patrones arquitectónicos ya vigentes en Europa o en Estados Unidos principalmente, con algunos intentos por adaptar patrones americanos, coloniales o prehispánicos, a la demanda. La interpretación local más o menos acertada de las ideas y obras de personajes de importancia mundial: Le Corbusier, Wright, Aalto, Scharoun, Rudolph, Candilis, etc., se ha considerado como indicador del alto nivel de la arquitectura profesional en Colombia. La interpretación de estilos tan caros a la sociedad afluente o a la pseudo-aristocracia local y una arquitectura pragmática, sin imagen y carente de todo concepto, exceptuando en la mayoría de los casos, el de ser vendida a buen precio, completan el panorama de la arquitectura profesional en Colombia. La planificación urbana o rural, cuando aparece, ha tratado de controlar mediante reglamentaciones y normas la arquitectura popular, pero esta subsiste, a pesar de la planificación y de la acción institucional y forma la mayor parte de lo que puede llamarse

la arquitectura colombiana, despersonalizada, altamente individualista y llena de símbolos de calidad o de status. El tugurio y el rancho de invasor que llenan el vacío creado por la falta de acción arquitectónica coordinada y dirigida, son en sí mismos indicadores muy efectivos del alcance limitado que tiene la presencia de los arquitectos y de la organización cultural que no permite el desarrollo de un lenguaje más amplio en formas más adecuadas.

5. Las escuelas de arquitectura son en su gran mayoría conscientes de la inutilidad de sus enseñanzas para resolver problemas de la sociedad puesto que tienen un compromiso adquirido con la belleza y con la nueva arquitectura que llega al país a través de revistas y libros. Esto se trata de corregir mediante discusiones acerca de cómo se debe enseñar la arquitectura, equilibrando peligrosamente el arte y la ciencia. La realidad cotidiana se deja entrar a los talleres de diseño únicamente como pretexto para poder elaborar proyectos individualistas que ayudan a enaltecer la imagen que de sí mismos han de tener los futuros arquitectos. Los resultados incrementan solamente la demanda de empleos para los nuevos profesionales.

La arquitectura es un hecho cultural y puede estar condicionado por la situación de un país, pero puede librarse de ese fatalismo inconsecuente y buscar de múltiples maneras su definición. No es precisamente cambiando de formas que la arquitectura colombiana se consolidará como lenguaje cultural sino buscando en sus fallas las soluciones que han de venir. Las escuelas de arquitectura son necesariamente los sitios más indicados para esa búsqueda, puesto que la práctica comercial o profesional ya están involucradas dentro de los sistemas culturales presentes. Sin embargo, este propósito no parece haber salido aún del nivel de discusión, seminario o congreso de estudiantes o arquitectos.